

Era una noche del mes de diciembre, que, como todos los años, era frío y con toda la ciudad nevada.

Yo, estaba tumbado en la cama de mi habitación, pensando en el examen de matemáticas que había hecho hoy en el colegio. Me levanté y me di cuenta de que era la hora de la cena, pero, de repente, mi madre abrió la puerta y llevaba dos bolsas de basura en la mano. Le pregunté:

- ¿Qué haces con dos bolsas de basura en la mano?, dije sorprendido.
- Las tienes que tirar tú, Esteban.
- ¡Jolines mamá, hoy estoy muy cansado y hace mucho frío. Recuerda, he ido a clases de robótica y tecnología, dije, con una mezcla de frustración y cansancio.
- Ya lo sé cariño, pero yo todavía no me he duchado y tu padre está terminando de hacer la cena.
- Está bien, iré yo, pero que sea la última vez mamá, llevo toda esta semana tirándolos yo. Últimamente, mis padres me dicen que no haga nada en casa, porque estoy todo el rato con el móvil. Creo que la adolescencia me está afectando.

Cogí las bolsas que sostenía mi madre en la mano, me puse unas zapatillas viejas y salí de casa. Bajé por el ascensor y fui directo a los contenedores que estaban a una manzana más abajo. Cuando llegué, oí un ruido metálico dentro del contenedor de los envases, y me asusté un poco y pensé:

- ¿Qué tiene que estar ahí dentro a estas horas de la noche?

Me acerqué otra vez, y volví a oír ese ruido metálico.

Con decisión, abrí el contenedor con las manos temblando de los nervios, y lo que vi, me sorprendió bastante. Yo pensé que lo que podría estar dentro de ese contenedor sería un perrito o algún que otro animal buscando comida, pero lo que vi, no tenía nada parecido, era un robot!

Tenia el tamaño de una persona humana, pero de él, saltan algunas chispas. Parecía que alguien lo había abandonado allí. Estaba destruido, le faltaba un brazo, y parecía viejo. No sabía que hacer. Podría dejarlo allí tirado hasta que otra persona lo encontrara y lo reparara, o, como yo soy un friki de la tecnología, podría intentar llevarmelo a casa y arreglarlo con algunos piezas que haya por ahí tiradas por el desván o por mi habitación.

En ese preciso momento, me di cuenta de que no podía presentarme en casa con ese robot, ya que mis padres me dirían que lo volvíese a dejar donde estaba. Si me lo llevaba, tendría que esconderlo.

Después de pensar un rato, tuve una idea, y me dije a mi mismo:

- ¡Lo tengo!

Como no podía presentarme en casa con ese robot, elevé a cabo mi idea. Rápidamente, vacié la bolsa de los envases y metí dentro el robot y me la vuelvo a traer a casa diciendo que habían quitado el contenedor, y por supuesto, tiré lo del orgánico a donde correspondía.

Subí a casa. Mientras estaba en el ascensor pensé que no era una maravillosa idea como pensaba antes.

- ¡Seré tonto! ¡Cómo se me ha podido ocurrir una cosa así!, dije con desesperación, pero como ya no se podía retroceder, seguí adelante con mi plan.

Llegué a casa y mis padres me estaban esperando para cenar, y mi madre me dijo con cara de cansancio:

- ¿Por qué has vuelto con una de las bolsas?

- Esque no estaba el contenedor del plástico, y he ido a otros contenedores más cercanos pero tampoco estaban. Pensando, que no se den cuenta de que me lo acabo de inventar.

- ¡Ah!, ¿y por eso has tardado tanto no?, dijo mamá enfadada.
¡La cena se ha quedado fría, Estelbrun!

Rápidamente, fui a ponerme el pijama, y como no sabía que hacer con el robot, lo metí en el armario de mi habitación, tapándolo un poco con la ropa.

Esa noche, cenamos todos muy cansados y muy tarde, por mi culpa. Después de cenar, me lavé los dientes y me fui directamente a la cama. Estaba agotado.

Al día siguiente, me levanté, y me di cuenta de que seguía bastante cansado, pero recordé que era domingo, y en mi casa, los domingos nos quedamos en casa, ¡así que a pesar del cansancio, iba a poder reparar al robot!; pensé.

Desayuné tranquilamente, y fui directo a mi habitación ya que el robot estaba allí. Abri el armario, saqué al robot, y lo llevé como pude al desván a repararlo.

Entré en el desván con el robot cogido por los brazos.

- Menos mal que mis padres no me han visto, pensé, mientras dejaba al robot en el suelo.

Cerré la puerta del desván con el pestillo puesto, para asegurarme de que mis padres no pudieran entrar y verme con el robot.

Comí un la vez que me encontré a ese robot, le faltaba un brazo, y le salían algunos cables de ahí. Lo primero que hice fue examinarlo y echarle un vistazo. Hallé un botón en el que ponía "ON", lo pulsé para ver si se encendía pero no ocurrió nada.

Pensé que lo que tenía que hacer, sería recomponerles ese brazo y unir esos cables sueltos con otros distintos.

Tirado por el suelo, encontré un palo metálico bastante duro y largo, y pensé:

- ¡Lo utilizaré como base para el brazo!

Dejé el palo metálico a un lado para ir teniendo todo ordenado, y empecé a buscar los cables que necesitaba.

Cuando los encontré, los dejé donde el palo metálico y volví a revisar si el robot tenía algún otro daño.

Terminé de revisar y coloqué el palo metálico en el brazo y conecté los cables a los otros. Parecía que ya estaba todo arreglado.

Ahora sí, volví a pulsar el botón de encenderse. De repente, se iluminó una pantallita en el rostro del robot, en la que aparecía una cara sonriente.

Iba a hacerle una pregunta al robot, pero este me interrumpió para saludar, y dijo:

- Hola, soy tu robot de asistencia personal, pienso ayudarte en todo lo que necesites.
- Hola, dije yo contento.
- Vale, me parece bien, pero... ¿cómo te llamas?, dije con intriga.
- ¡Oh!, es verdad, que robot tan torpe. Me llamo Orion.
- Encantado Orion, yo soy Esteban.
- Encantado Esteban, respondió Orion.

Orion, me estuvo preguntando cosas sobre mí. Me preguntó sobre mis amigos, mi familia, lo que me gustaba hacer, lo que no y también sobre mis comidas favoritas. Él, decía que me había preguntado todo eso porque lo necesitaba para poder ayudarme en lo que yo necesitara.

Yo, por supuesto, se lo conté emocionadísimo y encantado de tenerlo en casa. A partir de ese día, me pasé algunas mañanas y casi todas las tardes con Orion. Mis padres no me decían nada porque pensarían que estaba estudiando para un examen.

Un domingo por la tarde, me invitó mi mejor amigo Carlos a su casa para jugar al fútbol y a cenar, y en ese momento, me di cuenta, de que desde que tenía a Orion, ya no pasaba tiempo con mis amigos.

- Deberían estar preocupados, o incluso enfadados conmigo, pensé.

Así que le dije a Orion que me iba a casa de mi mejor amigo, porque como estaba todo el rato con él, parecía que les tenía abandonados a mis amigos. A Orion, no le gusto nada la idea, y la pantallita que tenía, se le cambió de una cara contenta, a una triste. Me contestó furioso:

- ¡Me has resucitado para ahora abandonarme! ¡¿En serio?!

- Lo siento Orion, pero desde que te encerré, solo he estado contigo, mis amigos se me olvidaron completamente * ¡Déjame por favor!

- ¡No! ¡No vas a salir de aquí, te vas a quedar conmigo y solo conmigo!, dijo Orion muy enfadado.

- ¡Esa gente es peligrosa Esteban!

- ¡No, son mis amigos de toda la vida y ellos nunca me harían daño!, dije, empezando a asustarme.

Al final, esa tarde, no pude ir a casa de Carlos ya que Orion no me dejó. No podía pedir ayuda a mis padres porque se habían ido a pasar el día con unos amigos suyos, y además no sabía como explicarles la situación.

Definitivamente, este robot se había vuelto loco.
No sabía que hacer.

Esta situación era yo contra él, y tenía que pensar rápido para poder hacer algo lo antes posible. En ese momento, se me ocurrió tirarle en la cabeza una toalla para que no pudiese ver y empujarle y encerrarle en el armario, lo hice.
Orion, encerrado, no paraba de darle golpes a la puerta del armario y diciéndome:

- ¡Esteban por favor! ¡Te necesito!

Yo me estaba poniendo nervioso, ¿qué podía hacer?

Pensé que siempre que algo del internet va mal, mi madre apaga el router, así que lo hice. Volví a ver como estaba el robot, que seguía en el armario, gritándome, pero su voz se volvía cada vez más entrecortada y se movía más lento. Abrí el armario, y para rematarlo, cogí un bate de béisbol que estaba en el suelo, y le di en el brazo que le había reparado y se lo arrancé. Por fin, se apagó. Para desfogarme de donde no tendría que haberlo sacado, el contenedor.

Después de lo ocurrido, decidí pasar todo el tiempo con mi familia y amigos y apagar el teléfono durante un tiempo.

FIN